

40 AÑOS DE MATRIMONIO

YOLANDA PINTO

Al mediodía comió en el restaurante que había abajo de su apartamento un simple menú del día, después se dirigió a su casa, echó la siesta y finalmente se levantó sobre las 17.00 horas se duchó y se preparó para llegar puntual al Hotel Ritz donde se celebraba el aniversario de sus padres. El padre de Leander era Catedrático de Filosofía en la Universidad Federal de Filosofía y Letras y la madre profesora de violín en el Conservatorio Autónomo de música de Ghadir, de su padre había aprendido a plantearse cuestiones como las formas de gobierno, la humanidad, el fin del hombre en esta vida, la diferencia entre la razón y la experiencia, el sentido de la vida, y un largo etc que su padre desde que Leander era muy pequeño le alentaba a plantearse, de su madre ni que decir tiene que había heredado y aprendido el gusto por la música y la capacidad de elevar su espíritu sintiendo las melodías.

Todos los invitados estaban en una sala contigua al restaurante del Hotel tomando los distintos aperitivos, los hombres venían todos vestidos en traje de chaqueta con corbata y las mujeres con vestidos elegantes y vaporosos, todas muy bien peinadas, era el típico evento en que las damas aprovechaban para lucir sus mejores joyas y sus mejores abrigos de pieles. Cuando se acabó el tiempo de los aperitivos entraron todos al restaurante y tomaron asiento, al lado de cada plato había un pequeño letrero con el nombre de cada invitado. Finalmente todos se sentaron donde se les indicaba, el padre de Leander que se llamaba Ezequiel Meller se dirigió a un atril que había para dar un pequeño discurso antes de que se comenzara con la cena.

--Queridos amigos, dijo Ezequiel desde el atril, estamos aquí reunidos para celebrar 40 años de matrimonio que me unen a mi esposa Elisabeth Barton. Quizás a muchos de vosotros os pueda suponer un meritorio record pero nosotros los hemos conseguido. ¿Y qué podría yo decir sobre lo que me ha aportado el matrimonio? Pues os diré la verdad, el matrimonio me ha convertido en alguien más cínico, más astuto, más analítico, más beligerante, más paciente pero más malvado quizás, recordando las palabras de Séneca cuando dijo "Vuelvo más avaro, más ambicioso, más sensual, aún más cruel y más inhumano, porque estuve entre los hombres", pues estas palabras las hago mías para definir el efecto que ha tenido en mí el matrimonio.

--Si amigos, continuó Ezequiel me siento identificado con el gran filósofo romano, la convivencia desgasta hasta puntos indecibles, pero ha debido que existir un salvavidas en nuestro matrimonio ¿Quizás la comprensión, el culto al sacramento, quizás el amor a nuestros hijos? Sí amigos, ha sido un cúmulo de cosas que con el paso del tiempo uno no llega a descifrar del todo.

Ezequiel continuaba con su discurso, los invitados lo escuchaban atentamente, aunque la mayoría de todos se preguntaban si lo que el padre de Leander estaba dando era un discurso de alegría y satisfacción sobre su matrimonio, o por el contrario un discurso lleno de reproches y resentimiento.

Nuestro protagonista sabía perfectamente a qué cuestiones se refería su padre en su discurso, no había sido un matrimonio fácil el de sus padres, más bien la convivencia, el ego de cada uno y el instinto de posesión les había dado más de un disgusto. El padre de

Leander solía acusar a Elisabeth de la sospecha sobre que mantenía affairs sexuales con alguno de los pianistas o violinistas con los que en ocasiones quedaba a solas para ensayar las obras que interpretaban en conciertos o en el conservatorio, por su parte, el padre no era tonto y sabía que la música remueve los sentimientos, el espíritu, el alma y en la intimidad sentirla a solas un hombre y una mujer no podía tener otro resultado que el de llegar a culminar entre ellos algún tipo de sensualidad o lubricidad. Elisabeth por su parte más de una vez había cogido alguna pista de las relaciones extramatrimoniales que Ezequiel mantenía con alguna de sus alumnas, en una ocasión estaban todos sentados en la mesa para comer, los padres y los cuatro hermanos, Elisabeth sacó del bolsillo de su vestido una carta metida en un sobre y dijo:

--Hijos, tengo algo que comentaros delante de vuestro padre.

Aunque habéis escuchado en multitud de ocasiones como vuestro padre me ningunea y me acusa de cometer infidelidades con otros intérpretes de música con los que ensayo para dar mis conciertos y todo sin fundamento, en esta ocasión esta es la prueba palpable de que cree el ladrón que todos son de su misma condición. Os leeré la carta que ilusionadamente le envía una de las alumnas de la universidad de filosofía a vuestro padre y que prueba de que si hay algún infiel en nuestro matrimonio no es otro que vuestro queridísimo padre..

La madre sacó ligeramente nerviosa la carta del sobre y comenzó a leer:

--Querido profesor Ezequiel quiero agradecerle la dedicación que tuvo conmigo la tarde pasada acompañándome a mi casa, sus teorías sobre el filósofo Epicureo y su búsqueda del placer como fin supremo de la vida las he llegado a comprender después de sentir la pasión con las que usted las defendía. Además de un culto profesor es usted un fantástico amante, me encantó compartir nuestro gusto por el lenguaje del cuerpo y la exaltación de los sentidos dejando atrás la razón que tanto enquistosa a las personas.

Y bueno dijo exasperada Elisabeth: --Hasta aquí puedo leer, el resto es verdaderamente obsceno y nauseabundo.

Los cuatro hijos miraron a su padre, esperaban una respuesta convincente ante tan clarificadora misiva.

El padre se mantuvo regio y rígido sentado en la mesa, no mostró desasosiego ante la intempestiva epístola, de manera que apretó los labios mirando a Elisabeth, todos estaban expectantes para escuchar algo de su boca pero no dijo nada.

La escena era de gran tensión, seguidamente los hijos vieron como el padre seguía callado y regio sentado en uno de los extremos de la larga mesa de nogal vestida con un precioso mantel de crochet blanco, se mordió levemente el labio superior, no apartaba la mirada de la carta y de Elisabeth, pero de nuevo no dijo nada.

--Veís dijo Elisabeth triunfante, vuestro padre prefiere guardar silencio como un cobarde en vez de reconocer su culpa y dar una explicación a todo esto. Yo siempre opino, dijo Elisabeth, que cuando alguien hace algo tiene que hacerlo bien y no dejando estas burdas pistas por doquier (quizás ella se refería a que en sus andanzas ella si medía todo al milímetro para no ser delatada).

Y ya veis vuestro padre ahora no tiene argumentos, lo único que se me ocurre decirle es, "Manolo, Manolete ¿Si no sabes torear, para qué te metes?" Dijo la madre cínicamente al padre.

En ese preciso instante entró la criada con una bandeja de carne mechada con patatas, escuchó la frase de Manolete al pasar al salón.

--Griselda vuelve a la cocina con la bandeja, ya te llamaré, estamos aquí discutiendo un asunto de familia, no estamos aún para más comida, dijo Elisabeth a la criada

--Señora pero se le enfriará la carne y las patatas.

--Te aseguro que lo que menos importa ahora en la familia es comernos una carne fría, dijo Elisabeth a Griselda mirando con cara de odio a Ezequiel.

--Eso sí, trae una jarra de agua, no estoy hoy para beber vino.

--De acuerdo señora, como usted diga, dijo la criada volviéndose con la bandeja entre las manos pensando que jamás pudo imaginar que una disertación sobre el arte de torear de

Manolete los tuviese tan ambaucados para no importarles comerse el segundo plato frío.

--Qué raros son los ricos, pensó la criada.

La verdad que aunque la conversación no iba de toros propiamente dicho, lo que sí iba era de cuernos, lo que podía tener su paradoja.

Los hijos miraron de nuevo al padre para que por fin éste arrancase y se defendiera de alguna forma.

Aunque el padre se mantenía firme sin pronunciar palabra, la procesión iba por dentro (uy, uy, uy, a ver como salgo de esta, pensó, y para colmo ni comemos lo cual es peor porque al menos la comida amansa a la fieras y Elisabeth se sosegaría con el estómago lleno).

--Bueno, hijos ya veís, vuestro padre ha demostrado que llegado el momento no sabe cojer el toro por los cuernos, dijo Elisabeth.

La hija Noemí esbozó una leve sonrisa de satisfacción por el comentario de la madre aliándose con ella.

Al ver que el padre seguía sin decir nada, uno de los hijos, Eloy, en concreto dijo aliándose mínimamente con el padre.

--Mamá quizás es muy fácil ver los toros desde la barrera.

--Tú cállate, dijo la madre airada, el que tiene que decir algo es tu padre, pero veo que no está por la labor.

--Lo que está claro continuó diciendo Elisabeth, es que del contenido de la carta se desprende que vuestro padre es un buen banderillero, picador o castigador. ¿No es así Ezequiel? preguntó cínicamente Elisabeth al marido.

En ese momento volvió a entrar de nuevo la criada con la jarra del agua, escuchó el final de la frase, eso de buen banderillero, picador o castigador. Dejó la jarra de agua sobre la mesa, y salió de nuevo del salón pensando que jamás había visto a sus jefes hablando tan entusiasmados de tauromaquia.

--Que raros están hoy con tanto rollo del toreo.

Justo cuando estaba cerrando la puerta del salón la criada, sonó el teléfono de la casa.

--No lo cojas Griselda, puedes retirarte, lo cojeremos aquí nosotros, dijo Elisabeth.

--De acuerdo señora, dijo la criada cerrando por fin la puerta del salón.

--Seguro que es la amigueta de tu padre, quiere perturbar la vida familiar, así empiezan todas esas zorras que se lían con casados, empiezan a tirar de la cuerda hasta que la rompen.

El teléfono sonó con el segundo tono de llamada, nadie se movió de la mesa

--¿Mamá quieres que yo coja el teléfono? Dijo su hija Noemí.

Por fin el padre abrió la boca:

--No, dijo Ezequiel, lo haré yo, creo que hasta hoy soy yo el titular de la línea sino me equivoco, así que quedaros todos sentados, contestaré yo.

El sonido de llamada sonó por tercera vez. El padre se levantó lentamente, quizás efectivamente temía que fuese su amigueta de la carta, las alumnas eran muy cotillas y si se encaprichaban de su profesor eran capaces de conseguir el teléfono de la casa familiar, en eso reconoció que Elisabeth llevaba razón.

Ezequiel comenzó a andar por el salón parsimonioso para llegar a una de sus esquinas donde estaba el teléfono posado en una mesita de cristal, por fin llegó a él, descolgó el auricular y se lo colocó en la oreja derecha mientras miraba fijamente a Elisabeth y a sus hijos, todos estos también lo miraban a él con cara de interrogación por saber quien era el interlocutor.

El padre estaba rígidamente de pie, habló por el auricular y dijo:

--Sí, luego hizo un silencio mientras escuchaba lo que le decían al otro lado de la línea, después volvió a decir: --Sí, otro silencio, y otro, --Sí, se hizo el último silencio mientras escuchaba y finalmente dijo: --No y colgó.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

